

Januario Espinosa

## Los apuntes de un adolescente

### I

#### UNA VISION DEL MAR



La principal pasión, durante la segunda mitad de la puericia, fué Julio Verne. Ir a la luna, bajar al centro del globo, volar por encima de las tormentas, hundirse bajo las olas enfurecidas... Me sentí llevar especialmente por pequeñas embarcaciones que desafiaban al viento y a las aguas, junto a hombres que sabían reírse de la muerte. Los términos náuticos vivían en mi memoria; el mar me llamaba con su horror y su misterio.

Pero el fascinador personaje no había entrado a mis ojos, sino por los grabados del libro. Desde una edad temprana, escuché la relación encendida de los que fueron a la costa: «el mar es una cosa viviente: sus enojos terribles, grande su falacia. Y en su seno alberga toda clase de monstruos». Primeros materiales para una curiosidad inquieta; excitaciones para una loca fantasía.

Cumplí los dieciséis como un aspirante del telégrafo. Un día, el Inspector General me llamó para un ofrecimiento positivo: la oficina de Colmo, de la bahía de Concón, a lo más una legua. El júbilo debió encender mi semblante descolorido. Se anudaron, uno tras otro, días de alto ensueño: una existencia en calma, plácido en la lectura; excursiones hasta el mar en las horas libres. Ante su cólera mecería mi holganza, y en cada amanecer su soplo salino vendría en calidad de saludo. Adquirí informes más precisos: a un lado el Aconcagua, turbio en la primavera, cristalino en el verano; allá en el fondo, una planicie verde obscuro que va a juntarse con el cielo.

Sólo que la nueva oficina quedó en simple propósito. En su reemplazo me ofrecieron un puesto en Temuco. ¡Parecía tan lejos hace cuarenta años! Término de ferrocarril, ciudad improvisada en medio de la selva, circundada por indios que un tiempo fueron feroces... Pero no hubo una vacilación en mi voz afirmativa. Una existencia menos monótona, diversidad de paisajes: lo desconocido me llamaba con su lenguaje de teurgia.

Mediando febrero, partí en el expreso a Talcahuano. Corrí unido a la lectura hasta el corazón de mi tierra; después en presencia de lo que no había visto nunca: en apariencia iguales campos y semejantes ríos; las mismas aspiraciones e idénticos visajes, pero en realidad bajo otra luz y con distinto sello. El Longaví, Parral... Chillán, después del Ñuble; algo

más allá un profundo río: el Itata. Debería alojar en San Rosendo, para tomar el siguiente día el tren que iba a Victoria: a continuación la línea era explotada por la Dirección de Obras Públicas. Desde un comienzo, nació en mi intención una variación de itinerario, o más bien una escapada de la línea estricta: ¡ir a ver el mar a lo menos por una noche! Podía ir y volver en el mismo expreso, porque el tren al sur salía con posterioridad de Talcahuano. ¿Cuánto costaría? Recontaba mis pocos billetes: no, apenas tenía para dos alojamientos y los menesteres del camino; luego, en Temuco no me esperaba nadie, y debería sufrir todas las contingencias. Entonces... Mi ardiente deseo venció a toda timidez posible. Además, el conductor, gordo y alto, metido en un guardapolvo de brin amarillento, anunciaba un fondo de bondad en su jovial figura. ¿No podría ir a Talcahuano y devolverme, al amparo de mi hoja de «pase-libre»? Mi demanda trémula, mereció una inmediata resolución favorable. Se lo hubiera agradecido como a un don del cielo.

Cabrero, Monte-Aguila, Yumbel pasaron a mi costado en un galope turbio, sin sugerirme nada: mi imaginación corría al borde del oleaje, de cara a lo terrible. Una ancha cinta de plata a la izquierda, me trajo de las nubes. «El Laja, me informó un vecino. ¡San Rosendo y el Biobío están próximos!». Un viaje de dos horas culebreando junto a las aguas; unas colinas rojizas, con manchas verdi-negras en el opuesto margen, y el río manso y cristalino iba creciendo en

anchura como para darme un anticipo de lo que habría de llegar en los pasos de la noche.

Cuando entramos a Concepción, el sol se había puesto. Rumores de multitud, indicios de una ciudad grande... El río enviaba aún sus azogados reflejos por encima de un arrabal pobre. Al partir lo perdimos de vista; el tren se deslizaba ahora por un pequeño páramo, cerrado al poniente por unos cerros negruzcos. Alguien tendió, de pronto, una mano hacia la derecha: ¡el mar! Pero la débil claridad ya manchada de sombras sólo entregó a mis ojos ávidos una especie de lengua cristalina entre arenas oscuras, y cuya pasividad igualaba a la del reciente río.

Embocamos al puerto envueltos ya por la noche y estrechados entre dos colinas. Una hilera de casas miserables, a la amarillenta luz de los faroles; pronto la estación, con su techo de hierro. Crucé rápidamente el andén y las modestas construcciones, para ir a paladear la primera impresión de la bahía. Las tristes luces de petróleo me brindaron unas aguas casi negras de la más vulgar laguna: botes a la orilla, y más allá unos cuatro o cinco buques, definidos por sus iluminados camarotes. ¿Dónde el oleaje de mis sueños?...

Un postino arrastró mi desconsuelo hacia un pequeño hotel ubicado en la plaza. Instalado en el segundo piso, pedí la comida inmediatamente, y aun con el ardor del café en la boca, largos trancos me llevaron de nuevo hacia la orilla. Tampoco ningún rumor, nada que anunciara a un mar, no ya turbulento, pero siquie-

ra vivo. Bajé hasta el borde mismo del agua, por una angosta playa sembrada de pedruscos, y entonces pude ver olitas de muy poca amplitud y de humilde traquido. Una decepción mayor me plantó varios minutos. Me volví a menudo andar sólo con un acopio: ese olor, allí más preciso, que me recibió al embocar entre las dos colinas y que parecía penetrar por todos los poros del pueblo. ¡El aroma prolífico del mar! Y mi imaginación se encumbró hasta la diosa que nació del océano al contacto con la sangre de Saturno.

## II

### LA FRONTERA Y SU MELANCOLIA

«La Frontera» decían solamente por la región más allá del Biobío y del Laja. Tal era el título de un libro de don Julio Mansoulet que la describía, y que fué uno de mis compañeros de ruta.

Cruzando el Laja y perdido San Rosendo, un sol magnífico me iba exhibiendo muy diferentes paisajes: tierras sanguinolentas, apretadas manchas oscuras. Dejando atrás el Biobío, con sus aguas sin cólera y su brillantez de plata, se enardecía esa diferencia. A la luz de oro, respondía una sutil angustia. Subía la tristeza de los campos sin mucho follaje, se reflejaba en las aguas somnolientas. La sensación de otro mundo, una especie de ostracismo.

Nos detuvimos media hora en Renaico, para reali-

zar nuestro almuerzo. Muy pocas habitaciones de madera, para acompañar a esa estación descolorida. El restaurante es una simple barraca; su piso, la tierra. Comida al galope, para volver a nuestro asiento. Otro convoy aguardaba a los que deberían ir a Traiguén y el nuestro torció ahora francamente hacia la cordillera, orillando unos cerros de un granate sucio. A la derecha un hondo valle, con escasa verdura. El bermejo de las tierras daba nuevos toques a mi melancolía; siempre esa impresión de soledad: esquivez del paisaje y de los hombres. Saliendo de Collipulli, el paso sobre el cauce abismal del Malleco me produjo escalofrío: ¡la más estupenda novedad de todo el viaje! Empezaron a surgir retazos de la famosa selva: aparecían al borde de trozos negruzcos, en donde había reinado el fuego. Pero estos mismos restos de bosques aportaban una mayor amargura. Ercilla, con su docena de casas de tablas, pintadas de rojo, me entregó, en cambio, una nota ligeramente alegre. Salvamos otro ancho y profundo barranco —no tan hondo como el Malleco— antes de entrar a Victoria. La capital de Mairiluán nos cobijó a las dos de la tarde. Me informaron que el tren para Temuco no salía hasta las cinco. ¡Me restaban, pues, tres horas, para conocer la población y acaso sus alrededores!

Siempre casas de maderas, pintadas de amarillo o de rojo, muy pocas de azul o verde. Las aceras delineadas con simples tablones a la orilla, sin pavimento alguno. La calzada como el más rural camino. De

cuando en cuando, sobresalían los troncos de la arrasada selva, y las calles bajaban y subían, especie de montaña rusa. Ciudad que acababa de robar su sitio a los bosques, inducía a lo provisional o lo precario. La abandoné muy pronto, y regresé a la estación, con el propósito de ir a conocer el alto puente de hierro, que, según mi parecer, no debería hallarse a excesiva distancia. Reanduve, pues, camino por la línea férrea, tal vez poco más de un kilómetro. Un acompasado golpeteo, como un choque de aguas, me atraía. Desde el borde ví en lo hondo, un poco más arriba del río, una campana de hierro, de donde salía el ruido: era un ariete para subir el agua a un estanque, para el servicio de las locomotoras. Descendí por una trocha caracoleada, y permanecí cerca de una hora junto al ariete y al margen del río, pobre en aguas entonces, abandonado a mis pensamientos y a mi creciente pesadumbre.

Al sur de Victoria, la selva se hacía más compacta: mesas de un verde obscuro, mayores hacia la lejanía. A intervalos tierras quemadas o bien una multitud de troncos blancos y desnudos, otros tantos brazos que clamaran misericordia. Una hora o más de viaje nos llevó a la única población seria: pobres viviendas de roble, alineadas a ambos lados de la línea: Lautaro, con el Cautín a su vera. Más allá Cajón junto a un corto puente, con tres o cuatro casas; en seguida Pillanlelbún, sin nada más que una pintada casucha para el jefe y otra más pequeña para el cambiador.

Por detrás y por delante la selva, tal vez cuajada de peligros. ¡La llanura del diablo! Mi agobio justificó el título mapuche.

Nos sonaron las siete en Temuco. Pero busqué la ciudad inútilmente. Apenas una casa — ¡siempre de madera! — con cinco o seis cuartos, para oficinas y habitaciones del jefe; al otro lado, el oriente, una barraca: la bodega. Detrás la prolongación del bosque, con árboles muy altos. Un sendero conducía al río, que exhibía su cristal entre los intersticios del follaje. ¿Y al poniente? Cuadrados pastizales cerrados con alambres de púa.

Las aceras y las calzadas como en Victoria. Indicios en las calles de una lluvia reciente.

Antes de tomar un carruaje, creí prudente averiguar, ante todo, a donde podía irme. Buscando la simpatía natural en los del mismo oficio, me aboqué a la oficina del telégrafo. Me acogió un jovenzuelo de sonrosada figura que no me aventajaría en más de dos o tres años. Cuando le dije mi calidad y mi destino, me tendió dos manos afectuosas.

—No se vaya todavía para el pueblo. Por ser domingo, tal vez no encuentre a nadie en su oficina. Lo invito a que coma aquí conmigo; le proporcionaré alojamiento, y mañana se aparecerá por allí a la hora en que empieza el servicio.

Brotaba de sus palabras y de sus gestos tanta simpatía, que no vacilé un instante. Además, ¡deseaba

tanto hablar con alguien, tener un amigo! Y lo fué realmente, por entonces, aquel mozo cordial, a quien después no volví a ver nunca y, cuyo nombre murió pronto en mi recuerdo.

Acortó mis horas con una conversación entretenida; me preguntó algo de mi pasado, me dijo mucho del suyo. Porque era locuaz y se hallaba dotado de mucha gracia. Los instrumentos del servicio: aparato y pilas, compartían la misma pieza, con su cama, un baúl, dos sillas y una pequeña mesa. El sereno o el cambiador le enviaban la comida; pidió para dos a su debido tiempo y encargó una botella de vino. Después de una alegre charla de sobremesa, me confesó que estaba invitado a un «santo» en la ciudad, en donde se amanecería, así que podía usar su cama. El jefe y el bodeguero también se irían, pero quedaría el sereno. Pasé, pues, la noche en la estación solitaria y junto al bosque y sin más compañía que un hombre de no muy buena catadura, que realizaba recorridos intermitentes, armado de un farol con luces blanca, rojo y verde.

Me dormí muy pronto, al influjo de dos días de viaje. Muy temprano me despertaron los signos Morse. Ya conocía el signo de llamada a Temuco, porque mi amigo nuevo, había tenido buen cuidado de explicármelo. Respondí, en efecto, en forma satisfactoria, y nada hubiera ocurrido si no fuera que el jefe de estación llegó primero y entró en la oficina. Grande fué su asombro al verme allí, como de la ausencia del telegrafista. Este llegó cerca de las nueve, con una fiso-

nomía insalubre. Tal vez aquello le costó un traslado, porque, como dije, nunca volví a verlo.

A esa hora salí para la ciudad, llevado por una sucia berlina, por calles alfombradas de lodo. A las dos cuadras recorridas surgieron algunas casas muy semejantes a las de Lautaro y Victoria. Sólo una de dos pisos, y ninguna de ladrillos o siquiera de adobes.

Así, como una ciudad indigente y melancólica, entró Temuco en mi aporreada imaginación de adolescente.